TEXTO GEORGE

GEORGES *(al público, la madre inmóvil, el tiempo parado)*
Así pues, yo había alcanzado ese momento tan crítico en el que todavía se puede elegir, ese momento en el que se puede decidir el futuro de nuestros sentimientos. En aquel instante me encontraba en lo alto del tobogán, todavía podía decidir bajar la escalerilla, irme, huir lejos de ella. O bien podía dejarme llevar, lanzarme y deslizarme por la rampa, con la dulce sensación de que ya no podía decidir nada, confiar mi destino a un curso que no había trazado, y para terminar, aterrizar en arena movediza, dorada y mullida.
Era consciente de que no estaba del todo en sus cabales, de que sus delirantes ojos ocultaban fallas secretas, de que sus mejillas infantiles disimulaban un pasado de adolescente herida, de que esta hermosa joven, aparentemente divertida y feliz, debía haber soportado una vida anterior zarandeada y golpeada.
Me dije que por eso bailaba como una loca, para olvidar sus tormentos, sencillamente. Me dije tontamente que mi vida profesional estaba coronada por el éxito, que era casi rico, bastante atractivo, y que podía encontrar fácilmente una esposa normal, llevar una vida ordenada, tomar un aperitivo antes de cenar todas las tardes y acostarme a medianoche.
Me dije que yo también estaba un poco atacado de locura y que decentemente no podía encapricharme con una mujer que lo estaba del todo, que nuestra unión sería como la de un hombre al que le falta una pierna con una mujer sin extremidades, que una relación así sólo podía cojear, andar a tientas por direcciones inverosímiles.
Estaba a punto de rendirme, me daba miedo este caos futuro, este perpetuo torbellino que se proponía venderme rebajado, como en un anuncio publicitario.

Al sonar la primeras notas de un tema de jazz, ella le pasa el chal blanco alrededor del cuello, lo atrae hacia ella bruscamente, y se encuentran mejilla con mejilla.

(A sí mismo) Estoy haciéndome preguntas sobre un asunto ya zanjado. Estoy deslizándome hacia aquella preciosa morena, ya estoy en la rampa. Me he lanzado hacia la niebla sin siquiera darme cuenta, sin aviso, ni señal.